

acerca de las devastaciones que sus hordas habían hecho en Bagdad y que estaban a punto de repetir en Mesopotamia y Siria, y de las espantosas crueldades que él mismo cometió. La generación mogola siguiente perdió algo de su salvajismo bestial, poniéndose al nivel del salvajismo corriente entre los turcos.

Húlagu, dueño ya de Bagdad, no se quedó ocioso y procedió luego a la realización de nuevas conquistas. Después de arreglar a su manera el estado de las provincias del Norte, púsose en marcha en el año 658 (1260) para la Mesopotamia y Siria. En la Mesopotamia dejó un ejército, que sometió en aquel año y en los dos siguientes los pequeños principados, poseídos en su mayor parte por príncipes eyubitas. Estos se defendieron con vigor; pero tanto peor fué la suerte de los defensores y habitantes de las plazas fuertes, que los mogoles hubieron de tomar a viva fuerza. Las plazas, como de costumbre, fueron destruidas y los habitantes pasados a cuchillo. Igual suerte cupo a Mosul, que después de la muerte de su soberano Bedr-ed-din, ocurrida en el año 657 (1259), se sublevó reinando el hijo de aquel, Melik Sálíh. En 660 (1262) fué tomada la ciudad por asalto, siendo víctima de atrocidades sin cuento y quedando bajo el dominio directo del conquistador. En cambio se salvaron los ortokidas de Maredin con su pequeño principado sometiéndose voluntariamente y quedando encargados del gobierno del país.

Entretanto había pasado Húlagu el Eufrates y avanzado con el ejército principal hasta Alepo, que se defendió bizarramente mandando el castillo el eyubita Melik Moazan, pero pronto fué tomada y destruida. Desde allí se dirigió Húlagu al Sur, donde los aterrados príncipes eyubitas apenas pensaban hacer resistencia, cuando poco después de la toma de Alepo una noticia inesperada detuvo la carrera victoriosa de Húlagu. Su hermano, el gran khan Mangu, había muerto en el año 657 (1259), y Húlagu, creyéndose con derecho a sucederle en el trono, se decidió a dirigirse al Este en persona. Dejó encargado de la continuación de la campaña a su general Ketboga y marchó con una parte del ejército; pero en Tebris recibió ya la noticia de que su hermano Kubilai había sido elegido gran khan, y como, según la constitución aprobada por Gengis-Khan, bastaba que los jefes de tribu eligiesen el sucesor del khan a su gusto entre los miembros de su familia, no podía hacerse Húlagu la ilusión de disputar el trono a su hermano. Así, pues, se disponía a regresar a Siria, donde sucesos que luego referiremos pedían su presencia urgentemente, cuando se suscitó una disputa entre él y su primo Berekai, hijo de Schudschi y khan del Kipchak, que le obligó a dirigirse con sus fuerzas al Norte. Gengis Khan había prohibido terminantemente en su pragmática toda guerra entre los miembros de su familia; pero esta vez, como sucede en tantas otras ocasiones, resultaron mas fuertes las circunstancias que la voluntad de un difunto. La causa de la guerra que estalló entre los dos primos fué una cuestión de límites entre los territorios de Schirwan y Arran, cerca de Derbend. Además existía antipatía entre ambos porque Berekai, que se había convertido al Islam, vituperaba las crueldades que Húlagu ejercía con los mahometanos del Oeste. A esto se agregaron toda clase de agravios personales, hasta que estalló la guerra por la cuestión dicha, y continuó con fortuna varia en los años 660 y 661 (1262-1263). Al fin el gran khan Kubilai se puso de parte de Húlagu y los kipchakes tuvieron que ceder; pero cuando esta cuestión quedó arreglada, ya hacia tiempo que había desaparecido la posibilidad de extender el dominio mogol sobre la Siria y el Egipto.

Al principio, durante la ausencia de Húlagu, todo marchó

a medida de sus deseos en el ejército que había dejado en Siria a las órdenes de Ketboga, y si bien los ismaelitas, salvo algunos pocos casos, se negaban a entregar sus castillos fuertes, nadie apenas en todo el resto de la Siria se atrevió a resistir con las armas a los mogoles. La mayor parte de los pequeños príncipes eyubitas ó huyeron ó se sometieron a la primera intimación, y éstos fueron en recompensa confirmados en la posesión de sus dominios en calidad de vasallos de Húlagu. Melik Nasir, de Damasco, trató de reunir un ejército contra los invasores, pero sus emires le hicieron traición, y después de errar perdido por el país, fué hecho prisionero y remitido con muchos de sus parientes a Húlagu, que a la sazón se hallaba en Tebris. Los cruzados, en Antioquía y en todas sus plazas del litoral hasta Acre, se mantuvieron neutrales; pero apenas los mogoles ocuparon Damasco sin encontrar resistencia, llegó de Egipto la noticia de que el bahrita Kotus se dirigía con un ejército de mamelucos, entre los cuales se encontraba el temido Bibars, a Palestina para hacer frente a los tártaros é impedir su ulterior avance. Los mogoles le habían intimidado por medio de una embajada la sumisión al khan; pero Kotus por toda contestación había hecho ejecutar a los mensajeros, y siendo así inevitable la guerra a muerte, había preferido ir al encuentro del enemigo. Cerca de Ein Schalut (fuente de Goliat), junto a Nabalus (1), en un viernes, 25 de Ramadan de 658 (3 de setiembre de 1260), se dió la gran batalla, que fué ganada por los mamelucos y que entregó el porvenir del Islam en manos de la raza turca. Al principio de la batalla estuvo la ventaja de parte de los mogoles, pero al final quedaron éstos completamente derrotados y su general Ketboga fué hecho prisionero y muerto por orden de Kotus. El ejército quedó deshecho; sus restos repararon huyendo el Eufrates, y toda la Siria quedó en poder de los mamelucos triunfantes. Cuando Húlagu recibió la noticia desahogó su ira en los eyubitas; con sus propias manos mató a flechazos al infortunado Nasir, y los demás miembros de la familia de Saladino, que estaban presos en Tebris, fueron muertos también. En cambio lo pasaron mal los que se habían adherido en Siria a la causa de los mogoles, en particular los cristianos de Damasco, que se habían mostrado muy insolentes con los mahometanos mientras la ciudad tuvo guarnición mogola. Kotus restableció como vasallos suyos en sus Estados a los emires de Hims y Hamat, y para otros distritos de la Siria nombró gobernadores ya a mamelucos, ya a otras personas de posición; pero cometió la falta de prescindir de su antiguo compañero Bibars, cuyo arrojo y valor habían contribuido después de él a la victoria. Bibars no era hombre para dejarse tratar así, y en el camino de regreso al Cairo, cuyos vecinos preparaban al vencedor de los mogoles, su libertador, una gran recepción triunfal, cayeron sobre el sultan Kotus algunos emires conjurados, a su cabeza el mismo Bibars, y le mataron. Era el segundo sultan a quien Bibars enviaba al otro mundo.

Siendo Bibars el mas valiente y mas brutal de los emires mamelucos, fué proclamado sultan por los jefes y soldados y pocos días después hizo su solemne entrada en el Cairo, sirviendo para él los preparativos hechos para el recibimiento de Kotus.

Con Bibars, que reinó desde 658 (1260) hasta 676 (1277), empieza la serie de los sultanes mamelucos llamados bahritas, que reinaron en Egipto y en toda la Siria (2) casi siglo y

(1) Neápolis, la Siquem de los israelitas.

(2) He cometido en la primera parte un gran lapsus calami al decir que desde los sultanes fatimitas hasta nuestros días no se habían visto en Damasco mas gobernadores de Egipto, cuando lo cierto es todo lo contrario, porque desde el año 658 (1260) hasta la conquista por los

medio. Estos sultanes, esclavos antes de subir al trono, fueron en general a cual peores; pero si fueron al principio por su brutalidad y alevosía dignos émulos de los mogoles, y si degeneraron con el tiempo como los descendientes de Gengis Khan, hubo algunos entre ellos que no llegaron al grado de nulidad de casi todos los il-khanes de Persia, como veremos luego.

No hay duda que Bibars era un perverso astuto y redomado en gran escala. De cuantas iniquidades un hombre de su clase, mameluco rudo, brutal, alevoso y traidor es capaz, difícilmente habrá una que no cometiese, no obstante ser sunnita muy devoto y ortodoxo, ya porque así creyera que salvaba su alma, ya por convenirle aparentar sentimientos religiosos ante el vulgo. Pero en cambio tenía gran aptitud para soberano, y como era hombre sin conciencia ni escrúpulos, pudo adoptar siendo sultan y justificar con sus triunfos el sonoro sobrenombre de El-Melik ez-Zahir, ó sea «el rey vencedor.» Su primer cuidado fué consolidar sus conquistas en Siria; los gobernadores ó príncipes eyubitas que le inspiraban desconfianza, y para esto se necesitaba muy poco, fueron asesinados ya directa y brutalmente, ya apoderándose de ellos a traición, como sucedió con el eyubita Melik Mogith, cuya fortaleza de Karak era la única plaza fuerte que estaba todavía en poder de un príncipe independiente ó poco menos. El infeliz, fiándose en los juramentos solemnes del falso mameluco, se entregó en 661 (1263), y Bibars le hizo morir de hambre y transformó su castillo en prision de Estado, que en todo el tiempo del reinado mameluco rarísimas veces estuvo desocupada. Para desembarazarse del califa abasida Mustansir, a quien había instalado en el Cairo a fin de que legitimara su dignidad de sultan y la de los sultanes sucesivos, le envió con una pequeña hueste, cuando el califa, tomando por lo serio su dignidad, quiso recobrar su capital Bagdad. Entonces le prometió su auxilio al efecto, pero sin prestárselo, y haciendo de esta suerte que cayera en poder de Húlagu, el mogol le libró en 659 (1261) de este dignatario molesto, cuyo puesto ocupó otro mas flexible. No se salvaron tampoco del infame mameluco los emires y príncipes de Siria y Mesopotamia que vivían en territorio mogol y a quienes supo presentar como sospechosos a los il-khanes, ya haciendo llegar a sus manos cartas falsas, ya por otros medios insidiosos. Al fin no quedó nadie que respecto de la Siria pudiera inspirarle recelos; pero no por esto dejó el astuto sultan de acabar por unos u otros medios con cuantas personas por su posición, por su influencia personal ó por su riqueza llegaban a adquirir importancia y podían de consiguiente ser peligrosas con el tiempo, porque Bibars quiso evitar hasta la posibilidad de peligros futuros. Al propio tiempo supo captarse el afecto del pueblo y sus mamelucos se habrían dejado matar por él. Se granjeó el afecto popular con obras públicas y de utilidad general, y ligó los mamelucos a su persona como «rey vencedor» por medio de campañas y botín. En resumen, Bibars era un malvado, pero un gran gobernante, dos cosas que con frecuencia se encuentran unidas en una misma persona en Oriente a causa de lo defectuoso de la organización social y política. Bajo su reinado cesaron por primera vez las guerras intestinas é interminables con los continuos cambios de soberanos que en Siria y Egipto habían turbado desde hacia un siglo la paz y el orden. Este fué restablecido en ambos países, los cuales además debieron a Bibars su lucrativa posición de intermediarios del comercio entre la India, la Arabia y la Europa. Le dieron fama imperecedera y le hi-

osmanes en 922 (1516) estuvo Damasco, como toda la Siria, exclusivamente bajo el dominio del Egipto.

cieron héroe popular del mundo mahometano hasta nuestros días sus guerras contra los mogoles, que después volvieron a amenazar la Siria, y contra los cuales Bibars combatió también en el Asia Menor; pero mucho mayor popularidad consiguió con sus guerras contra los cruzados y los cristianos de la Armenia Menor, pues a unos y otros y a sus correligionarios de Damasco hizo pagar cara su inclinación hacia los mogoles. Tomó a Antioquía (1) en el año 666 (1268), y sucesivamente las demás ciudades y castillos que estaban todavía en poder de los cruzados, quedando solo en manos de los europeos, además de algun castillo, Trípoli y Acre. De nada sirvieron las bien redactadas y pulidas cartas que se cruzaron entre los il-khanes, los papas y otros soberanos de Europa para la formación de una alianza cristiano-mogola contra el temible sultan de Egipto, porque jamás se realizó tal cooperación enérgica, y por otra parte supo Bibars amortiguar de antemano todo golpe que pudiera amenazarle por este lado entablando relaciones amistosas con Berekai, khan de Kipchak, que como mahometano y enemigo de los hulaguidas le prestó apoyo solícito. Berekai amenazó, en efecto, a los mogoles de Persia con invadir sus Estados, y los mogoles de Persia abandonaron el proyecto de alianza, con lo cual quedó sellada la suerte de los últimos restos del reino de Jerusalén y del condado de Trípoli, aunque no se cumplió hasta pasados algunos decenios.

También los ismaelitas asesinos de Siria encontraron un terrible enemigo en Bibars, el cual ya en 664 (1265) les había enviado en cierta coyuntura a propósito una intimación redactada en términos brutales. Los ismaelitas, atemorizados ya por la destrucción de sus correligionarios de Persia y por las irrupciones subsiguientes de los mogoles en Siria, contestaron al sultan con una declaración de sumisión. Habían perdido ya estos sectarios la antigua confianza en sí mismos y en sus superiores, confianza que había constituido en gran parte su fuerza para aterrorizar los Estados mahometanos y cristianos; consintieron en pagar tributo a Bibars, y en el año 671 (1273) capitularon y se rindieron al poderoso y temible sultan sus últimos castillos. No por eso se extinguió la secta, por convenir su continuación al sultan y a sus sucesores, los cuales cuando querían desembarazarse de un enemigo molesto que no estaba a su alcance, no hacían mas que enviar la orden correspondiente a sus súbditos ismaelitas, y éstos, desde sus ocultas madrigueras, enviaban luego un fedawi que cumplía el encargo. Habían llegado a ser estos sectarios instrumentos de los turcos sunnitas ortodoxos, a quienes el fundador de su secta, Hasan Ibn Sabah, se había propuesto aniquilar, y su servicio consistía en hacer de verdugos, asesinos y policía secreta, hasta que finalmente desaparecieron por completo de la escena. Los últimos grupos, que existen todavía en Siria y en la India, han llegado a ser en el curso de los siglos gente inofensiva que vive honradamente de su respectiva industria.

La reunión del Egipto y de la Siria en un solo Estado, que ha resistido dos siglos y medio a todas las vicisitudes sin desmembrarse, formando gran contraste enfrente de los mogoles y de los cristianos, es obra de Bibars, el cual con esto demostró su gran talento de hombre político, así como ha dejado sólidamente asentada su fama de gran guerrero. Sin embargo, Bibars no logró hacer hereditario en su familia el imperio que fundó, porque este imperio fué esencialmente personal, como lo fué también el de los seldyucidas, a cuyos descendientes de nada sirvió jamás la consagración del califa cuando ellos mismos carecieron de las cualidades personales necesarias para tener en la obediencia a sus súb-

(1) Véase Kugler: *Historia de las Cruzadas*.

ditos altos y bajos y conservar la disciplina de su ejército. Por eso no es nada extraño que sus sucesores no lograran lo que tampoco los de Bibars pudieron conseguir. De veintidos sultanes bahritas solo cuatro murieron en el trono de muerte natural, uno de ellos después de haber sido destronado dos veces; siete, es decir, casi la tercera parte, murieron asesinados, y los once restantes fueron simplemente destituidos al poco tiempo de haber subido al trono, generalmente cuando mostraron señales de querer emanciparse de la tutela de sus emires. Esta suerte cupo ya al hijo de Bibars, Melik Sa'id, que reinó desde 676 (1277) hasta 678 (1279). Era perverso como su padre, pero sin las cualidades grandes de éste, y no supo tener contentos a sus súbditos. Así fue que Kilawun (1), el más distinguido de los mamelucos, le obligó a renunciar al trono a favor de un hermano suyo de menor edad, a quien el mismo mameluco envió al poco tiempo al otro mundo. Los sultanes posteriores, a excepción de algunos pequeños interregnos, desde 694 (1294) hasta 698 (1299) y desde 708 (1309) hasta 709 (1310), fueron descendientes de la familia de Kilawun y en su mayor parte meros maniques de los emires, que eran los que gobernaban en realidad; por manera que podría sorprender que el imperio mameluco no se desmoronara tan pronto como el selducida, si no hubiese existido entre éste y aquél la diferencia capital de que los selducidas eran personas y los mamelucos una institución. Los ejércitos de los primeros eran, como en otro tiempo las huestes árabes, un agregado de tribus de diferente origen entre las cuales no había lazo sólido y que se separaban al faltar el hombre dominador que sabía imponer su voluntad a todas ellas. Esto no sucedía entre los mamelucos, que llevados a Egipto de lejanas tierras, la mayor parte en calidad de prisioneros, y vendidos muy jóvenes, a veces niños, no conocían más patria que el cuartel y el campamento, como posteriormente los genizaros (2). Una vez alistados en los cuerpos respectivos eran sometidos a una disciplina severísima e instruidos rigurosamente en los ejercicios militares; y teniendo cada uno, como los soldados del primer Napoleón, «el bastón de mariscal» en la mochila, se penetraban y poseían pronto del espíritu de cuerpo. Así esta institución permaneció indestructible al través de las revoluciones de palacio y de las intrigas entre los altos jefes y empleados. A medida que el poder de los sultanes se hacía ilusorio, se fué aumentando el del cuerpo de mamelucos; y así como los genizaros tuvieron después en Constantinopla su Etmeydan donde solían pronunciarse, del mismo modo los mamelucos se pronunciaban en la plaza inmediata al Kubbet-en-Nasr, ó capilla de la victoria. No hay que decir que semejante sustitución del poder gubernativo por una institución militar de horizonte limitado, inepta para la política exterior, inclinada a extralimitaciones y a la opresión de la población pacífica y productora, es hasta en Oriente cosa muy peligrosa. El pueblo egipcio tuvo que conformarse con el gobierno opresor de estos pretorianos, y pudo aguantarlo mientras el movimiento mercantil con el Oriente y el Occidente continuó añadiendo sus beneficios a la riqueza natural del país; pero así y todo, el Egipto y la Siria no hicieron más que vegetar materialmente bajo este régimen, por mucho que la fama designe a buen número de sultanes como protectores de las artes y ciencias y por muchas que sean las obras voluminosas que teólogos, hombres de leyes é historiadores hayan escrito en ambos países.

No tiene para nosotros ningún interés referir las continuas luchas entre los emires, sus conspiraciones, las proclama-

(1) Hoy se pronuncia este nombre *Calá'un*.

(2) Véase Hertzberg: *Historia de los bizantinos y del imperio turco*.

ciones y destituciones de sultanes, cuya edad en la mayor parte de los casos variaba entre cuatro y catorce años, la elevación de unos y la caída de otros mamelucos, sucesos cortados siempre por el mismo patrón y en los cuales solo varían los nombres. Me limito, pues, a condensar en una nota los nombres y años de reinado de los diferentes sultanes mamelucos que sucedieron a Kilawun (3), y hablaré solamente de algunos que hicieron sentir su influencia personal en el Estado mameluco. El más notable de ellos fué el mismo Kilawun, que reinó desde 678 (1279) hasta 689 (1290), y no solamente continuó la política de su predecesor y fundador del imperio mameluco, sino que consolidó este imperio, que le debe su duración. Creó, como el eyubita Nedschmed-din Sálh, un nuevo cuerpo de mamelucos que alojó en los cuarteles en forma de torres en la ciudadela del Cairo, por cuya razón se les llamó, para distinguirlos de los otros cuerpos mamelucos, *burchitas* ó *torreros*. Eran sus individuos en su mayor parte cherqueses que en las guerras de los pueblos del Cáucaso contra los de Khwarism y los mogoles habían sido vendidos como esclavos en los países mahometanos, donde fueron incorporados en las tropas mamelucas torreras ó burchitas. Por lo mismo, se les suele llamar también mamelucos circasianos, pues que este último nombre no es más que la modificación italiana del nombre *cherqués*. De sus filas se dice salieron los emires que un siglo después de Kilawun destronaron a los descendientes de éste.

Kilawun, después de haber consolidado, no sin lucha, su autoridad en la Siria, continuó la política de su predecesor también respecto de los cruzados y mogoles, y a los il-khanes tuvo en jaque con el khan de Kipchak. Auxiliáronle mucho los disturbios interiores en Persia, los cuales le permitieron rechazar más y más, ya por la fuerza de las armas, ya con astucias de mala ley, a los cruzados, que al fin de su reinado quedaron reducidos a la posesión de Acre. Kilawun les habría quitado también esta plaza si la muerte no se lo hubiera impedido. Lo más importante que hizo para el Egipto fueron los convenios que firmó con Génova, Sicilia y Castilla por un lado y las relaciones mercantiles que entabló directamente con los soberanos de la India, haciendo así del Cairo y Alejandría los emporios del comercio entre

(3) Son, después del 1.º, Kotus, 2.º, Bibars, 3.º, Sa'id, los siguientes, advirtiendo que los nombres de los que descendían de la familia Kilawun irán señalados con una K entre paréntesis, y los diferentes períodos de reinado de un mismo individuo irán señalados así: I R., 2 R., etc.

4.º Kilawun, desde 678 (1279) hasta 689 (1290). 5.º Aschraf I Jalid, hijo de Kilawun, desde 689 (1290) hasta 693 (1293). 6.º Mohammed I Nasir I, hijo de Kilawun, (I R) desde 693 (1293) hasta 694 (1294). 7.º Adil Ketboga (K), desde 694 (1294) hasta 696 (1296). 8.º Mansur I Ladschin (K), desde 696 (1296) hasta 698 (1299). 6.º Mohammed I Nasir I (2 R), desde 698 (1299) hasta 708 (1309). 9.º Muzafar I Beibars II (K), desde 708 (1309) hasta 709 (1310). 6.º Mohammed I Nasir I (3 R), desde 709 (1310) hasta 741 (1340). A éste siguen sus siete hijos, todos de menor edad. 10. Mansur II Abu Bekr, desde 741 hasta 742 (1341). 11. Aschraf II, 742 (1341-1342). 12. Nasir II Ahmed, 742 y 743 (1342). 13. Sálh I Isma'il, desde 743 (1342) hasta 746 (1345). 14. Kámil Scha'aban I, desde 746 (1345) hasta 747 (1346). 15. Muzafar II El-Hadyi I, desde 747 (1346) hasta 748 (1347). 16. Nasir III Hasan (I R), desde 748 (1347) hasta 752 (1351). 17. Sálh II Sálh, desde 752 (1351) hasta 755 (1354). 16. Nasir III Hasan (2 R), desde 755 (1354) hasta 762 (1361). 18. Mansur III Mohammed II, hijo del Hadyi, desde 762 (1361) hasta 764 (1363). 19. Aschraf III Scha'aban II Ibn Husein, nieto de Mohammed Nasir I, desde 764 (1363) hasta 778 (1377). 20. Mansur IV Ali, hijo del anterior, desde 778 (1377) hasta 783 (1381). 21. Sálh III Hadyi II, hijo también de Aschraf III Scha'aban II (I R), desde 783 (1381) hasta 784 (1382). 22. Barkuk el burchita (K y I R), desde 784 (1382) hasta 791 (1389). 21. Sálh III Hadyi II (2 R), desde 791 (1389) hasta 792 (1390). 22. Barkuk (2 R), desde 792 (1390). Este emperador la dinastía mameluca burchita.

el Oriente y Occidente, comercio que hasta entonces habían monopolizado las ciudades de la Siria mientras estuvieron en poder de los europeos. Con esto abrió a su imperio un manantial inagotable de riqueza que duró dos siglos.

A fin de asegurar y facilitar la comunicación marítima con la India, aumentó la influencia egipcia en la Nubia con repetidas expediciones armadas y entabló relaciones amistosas con el Yemen, que desde el desmoronamiento del dominio eyubita por el año 625 (1228) era un Estado independiente bajo el cetro de los emires *rasulitas*, de origen turco. También los jerifes de la Meca reconocieron por lo menos a intervalos, la soberanía de los sultanes de Egipto, aunque supieron aprovechar para conservar siempre cierta independencia las ventajas de su posición entre los mogoles de Bagdad, los soberanos del Yemen y los del Egipto.

En todas partes se mostró Kilawun tan enérgico guerrero como gobernante previsor é inteligente, y siempre algo menos cruel que Bibars, si bien como sultán turco tampoco sabía lo qué era consideración ni sentimiento, distintivos los más hermosos de las almas nobles.

El tercer sultán notable de esta serie, pero tipo más repugnante de soberano oriental, fué Mohammed Nasir, hijo de Kilawun, que reinó con algunas interrupciones desde 693 (1293) hasta 741 (1341). Subió al trono en el año 693, no contando más de nueve años, y ya en el siguiente se puso en su puesto el emir Ketboga, a quien sucedió luego Ladschim. A la caída de éste fue sentado otra vez en el trono Mohammed Nasir, el cual desde entonces fué instrumento de los emires hasta que se cansó de hacer este papel. Tenía 24 años de edad cuando, en 708 (1309), salió del Cairo con el pretexto de hacer la peregrinación a la Meca, y penetró con cierto número de partidarios suyos en la fortaleza de Karak. Desde allí excitó a los emires el uno contra el otro con tan buen éxito que al año siguiente pudo marchar con fuerzas sirias y algunas egipcias contra Rukn-ed-din Bibars II, que desde su evasión del Cairo se había proclamado sultán. Rukn-ed-din tuvo que rendirse y Mohammed Nasir entró en su capital como sultán soberano y autócrata. Sin perder tiempo consolidó su posición, a la manera de Bibars, enviando a la muerte ya brutalmente, ya a traición tanto a los que le habían resistido como a los que le habían ayudado a alcanzar el poder. Lo que más indignó a sus contemporáneos fué que no resultó este sultán guerrero brutal sino tirano cobarde, artero, traidor y falaz. Con razón se ha hecho notar (1) que este sultán no obtuvo sino muy medianos resultados de su incansable actividad diplomática, no obstante que tendió sus redes a casi todos los gobiernos del mundo conocido, porque siempre le faltó en el momento decisivo el valor de coger con mano fuerte el fruto de su paciente trabajo. El arma única que empleaba y que prefería a todas las demás era el puñal de los ismaelitas asesinos; pero con esta arma no se puede hacer una política extranjera grande, aunque en ciertos casos puede servir de recurso. Así fué que los resultados que obtuvo de los mogoles de Bagdad y del Asia Menor, y los que consiguió en el Norte de Africa, donde quiso enseñorearse de Trípoli y Túnez en los años 709 (1309) hasta 720 (1320), fueron efímeros ó incompletos. La influencia egipcia no desapareció completamente en la Meca y el Yemen, pero tampoco estaba bien cimentada. Los cruzados no constituían ya ningún peligro desde que Aschraf Jalid, el predecesor de Mohammed Nasir, les había quitado a Acre y habían

(1) Weil: *Historia del califato abasida en Egipto*, Stuttgart, 1860, y la *Historia de los pueblos mahometanos*, Stuttgart, 1866, del mismo autor. Ambas obras están escritas en alemán.

sido expulsados con poco esfuerzo de Aradus en 702 (1302) los caballeros templarios. Lo que este sultán logró, y no era poco, fué conservar el imperio mameluco durante todo su largo reinado a la altura de gran potencia. Este resultado asegura a Mohammed Nasir un lugar entre los gobernantes notables, con tanta mayor razón cuanto que supo consolidar y aumentar con habilidad admirable su posición y poder en el interior. Supo, como Bibars, deshacerse por medio del asesinato de los grandes emires cuando podían empezar a ser peligrosos, momento que coincidía siempre con aquel en que las víctimas habían acumulado mayor cantidad de bienes y riquezas; por manera que un cronista árabe dice (2): «Nasir cebaba los emires, y cuando estaban bien gordos, los sacrificaba; así volvía a él todo lo que habían engullido.» Gran afán desplegó este sultán para proporcionarse mamelucos adictos a su persona y a su trono, a cuyo fin compró muchos esclavos y gastó grandes sumas. Al pueblo contentó más ó menos conservando el orden y una buena policía; así cuando los emires produjeron una vez una carestía artificial de cereales, procuró Mohammed Nasir pan al pueblo, y haciendo grandes obras públicas y construcciones de lujo supo excitar la admiración de las masas. Todo esto junto con los caprichos personales, por cierto costosos, exigía mucho dinero, y para sacarlo tenía que esquilmar a sus súbditos; mas a fin de no cargar con su odio confió la gestión de este ramo a ministros cristianos, los cuales para hacerse dignos de la confianza del soberano apretaban los tornillos de la máquina tributaria, y después, como cristianos, pudo sacrificarlos sin remordimiento al furor del pueblo indignado. Así logró, si no ser amado, que tampoco fuese odiado de la mayoría, al mismo tiempo que era temido por todos y en todas partes. Así, no obstante su físico menguado y feo, su pequeña estatura y su andar cojo, a causa de un pié en que tenía un mal crónico, con razón pudo considerarse el soberano más poderoso del Islam. Por lo demás, como ya sabemos, su poder fué enteramente personal, y cuando en 741 (1341) una enfermedad causó su muerte, antes de cumplir los 58 años, desapareció también por medio siglo la grandeza del imperio. Sus hijos y demás sucesores, cuando no eran niños de menor edad bajo la tutela de emires, que entre sí estaban siempre en guerra, eran personas ineptas; y así, de nada habría servido la sólida organización del ejército mameluco contra un enérgico ataque exterior. Solo que este ataque no podía proceder sino de los soberanos cristianos de la Armenia Menor ó de los de Chipre ó de los il-khanes; y ninguno de estos potentados se hallaba en condiciones de emprender nada serio contra el imperio sirio egipcio. Los primeros no disponían de fuerzas para semejante empresa, y sus recursos además se habían agotado en las continuas guerras contra los sultanes anteriores, tanto que ni siquiera podían hacer frente durante la decadencia de la dinastía mameluca a los emires vecinos, y hubieron de abandonar en el año 776 (1375) el resto de sus posesiones al emir de Alepo. En cuanto a los reyes de Chipre, de la casa de Lusignan, que desde Ricardo Corazón de León reinaban en la isla, última avanzada del Occidente, saquearon en los años 767 (1365) y 770 (1369) a Alejandría y Trípoli, pero carecían de fuerza para emprender ninguna guerra de conquista; y finalmente los il-khanes, ó mejor dicho sus sucesores en los diferentes Estados en que se había dividido el imperio mongol-persa, bastante tenían que hacer con sus asuntos propios.

Ahora vamos a referir cómo pudo desmoronarse tan pronto el poderoso imperio fundado por Húlagu. La suerte de la dinastía mogola en Persia no fué mas que una repetición

(2) Véase Weil: *Historia de los pueblos mahometanos*, pág. 406.